

Pero si las penas y dolores corporales de todo género eran objeto de la compasión de la Madre Barat, todavía se compadecía en mayor grado de las pruebas y penas interiores con que son visitadas sobre todo las almas perfectas. "Todo cuanto me decís del estado de vuestra alma, me llega muy al corazón", escribía á una de las más antiguas religiosas. "¿No es verdad que nuestro divino Señor y Maestro os trata como á esposa muy amada? Habéis esperado fiel y valerosamente en él, y por esto participáis ahora de toda la amargura del cáliz de su pasión. Verdaderamente os trata el Señor como á su hijo único. Por mi parte casi envidio vuestra felicidad. Esta es la suerte de las almas generosas en quienes reina el amor perfecto."¹

No había miembro alguno de su numerosa familia religiosa á quien no amara sinceramente; pero si había algunas religiosas especialmente amadas de la Madre Barat, estas eran las hermanas legas, pues le representaban de un modo más vivo la humildad de su divino esposo. Siempre que podía, las ayudaba en sus oficios, así en la cocina como en el jardín. Cierta día se prestó á cuidar de las vacas mientras la hermana encargada de este oficio limpiaba el establo. Con visible agrado tomó la vara, atendió á los animales como si en toda su vida no hubiera hecho otra cosa. "Acá en la tierra", dijo una vez en la recreación, "las religiosas de coro somos las primeras; pero me temo que allá arriba haya otro orden, y

¹ Á la Madre Grosier, Turín, 2 de julio de 1832.

que algunas hermanas que cumplen con perfección sus humildes oficios en presencia de Jesucristo, estén en el cielo más altas que nosotras." Cuando esto oyó la sencilla y santa hermana Francisca, que era la cocinera, exclamó muy alegremente sorprendida: "¿Será posible, venerable Madre, que desde mi cocina pueda yo llegar á un lugar alto en el cielo?" —"Sí por cierto, Francisca; si queréis, podéis obtener en el cielo un lugar mejor que el que me corresponda á mí, que no hago casi nada, aunque en todo debo dar buen ejemplo." Otra vez había hablado la Madre á todas las religiosas de la casa acerca de la humildad. Cuando hubo terminado, despidió á las de coro y mandó que permanecieran las legas. "Quisiera, amadas hijas mías, pidiros un favor", les dijo, "y habéis de concedérmelo desde luego." Todas accedieron al punto. "Os ruego, pues, me permitáis que os bese los pies á todas; pero guardaos de decir nada de esto." "Entonces se arrodilló la Madre," según la relación de una de ellas, "y á medida que iban saliendo, fuéles besando los pies á todas. Ninguna pudo sustraerse á su empeño, aunque éramos muchas." —"La víspera de Navidad", dice otra hermana lega, "se hallaba enferma nuestra Madre y estaba esperando al sacerdote que había de llevarle la sagrada comunión. En el estado de fervoroso anhelo en que se hallaba, habló en voz alta con Nuestro Señor, y á mí me preguntó si se había terminado ya la misa y si vendría á hospedarse en su pecho el Salvador. Respondíle afirmativamente; y ella, poseída de humildad, me dijo: "Tomad agua bendita, hija mía, y bendecidme

haciendo la señal de la cruz en mi frente. Sobre-
cogíme al pensar que yo, pobre hermana, había de
bendecir á mi venerada y querida Madre; pero de
nada me sirvió mi asombro y hube de obedecer.
Jamás en toda mi vida me olvidaré de esto.”

Su especial solicitud maternal se mostraba asimismo
en el cuidado que tenía de la salud de las hermanas
legas. No podía consentir que fuesen sobrecargadas
de trabajo, y tenía ordenado que en la ancianidad
no les faltase el cuidado y descanso á que se habían
hecho acreedoras. Cierta día, hallándose enferma, supo
que una hermana lega estaba á punto de morir: “Allá
voy”, fué su respuesta. Cuando la hermana Vernay
reparó en ello, le dijo: “¡Pero si esa hermana es una
lega, venerable Madre!” Á lo que replicó vivamente:
“¿Una hermana lega? ¿Pues acaso no tiene alma
como yo? ¿No es como yo esposa de Cristo? Entre
los grandes y los pequeños no hago yo diferencia
alguna.” Y levantándose del lecho fué apresurada-
mente á donde estaba la hermana moribunda¹.

Cuando algún miembro de la respectiva familia
de las hermanas legas se veía en alguna necesi-
dad ó en pobreza, luego era socorrido de la Madre
Barat conforme á la prudencia y la caridad. “Todos
son acreedores á nuestro amor,” decía con fre-
cuencia, “pero especialmente las familias de nues-
tras hermanas.”

¹ Para formar juicio del caso, es de notar que la misma
hermana Vernay era lega. Así aquella palabra suya: “Es una
hermana lega”, no es tan cruda como á primera vista parece,
sino es sólo la expresión de una humildad tímida é indiscreta.

Este amor fué bien correspondido, pues sus hijas
la amaban con afecto verdaderamente filial, no ex-
tinguido ni aun por la muerte. Más de treinta años
han transcurrido desde su muerte, y todavía dura en
todas sus hijas aquel respeto filial tan ardiente, agra-
decido y fiel como en los mejores días de su pere-
grinación.

* * *

Este capítulo, relativo al modo de haberse la Madre
Barat en el gobierno de la comunidad, no estaría
completo si no refiriéramos la especial solicitud y
cuidado fidelísimo que consagraba al noviciado como
institución en donde se forman los miembros de la
orden. En Roma, en París, en Montet, en Conflans,
en Kientzheim, en La Ferrandière y en todas partes,
su primera visita era á las novicias; y estos renuevos
de la orden tenían siempre lugar en sus oraciones. “Me
ha causado verdadero gozo,” escribía á una maestra
de novicias, “ver la lista de postulantas y novicias. . .
Quiera el Señor enviarnos almas generosas que amen
su santísima cruz. Almas encogidas y pusilánimes que
sólo buscan su propio provecho, no sirven para la
orden, son estorbo á la obra de Dios.”¹ La Madre
Barat sólo quería en su orden almas verdaderamente
llamadas por Dios, almas cuya resolución hubiera
nacido de la vocación, esto es, de la voz de Dios,
las cuales no se determinarán á abrazar la vida re-
ligiosa, como por desgracia ocurre con frecuencia, por
indiscreto influjo exterior ó movidas de celo mal

¹ Á la Madre Eul. de Bouchaud, Roma, 7 de enero de 1840.

entendido, ó por algún motivo humano, ó por algún arrebató de piadoso entusiasmo, ó por algún sentimiento que pronto se pasa. Contra este influjo en la resolución de entrar en el convento, especialmente en los establecimientos destinados á la educación, previene enérgicamente á una superiora en las siguientes líneas: "Habláis demasiado de la santa vocación y por lo menos indirectamente procuráis ganar vocaciones. Esta es una falta que debéis con sumo cuidado prevenir."¹ No quería que las ventajas exteriores influyeran en el juicio acerca de la admisión de las religiosas á costa de otras conveniencias más importantes.

"Una sola vez en mi vida", pudo decir la superiora general, "he tenido el deseo excesivamente natural de admitir á cierta joven en la orden. Era joven de elevado nacimiento, muy rica é instruída, piadosa y de buena voluntad. Por estas circunstancias creí que podría hacer grandes cosas por el honor del divino Corazón. Pero seguramente no medité bastante el caso en la presencia de Dios, pues habiendo aquella joven empezado bien, después me causó mucha amargura y al fin se salió de la orden."²

Á cierta joven que la consultaba acerca de su vocación, le contestó la Madre Barat: "No debéis negaros á contraer el matrimonio á que se os invita, si el temor de causar daño con él á la salud de vuestra alma es vago y dudoso. Para oponer esa negativa

¹ Á la Madre de la Croix, Roma, 28 de marzo de 1842.

² Á la Madre Matilde Garabís, París, 2 de diciembre de 1855.

se requieren razones claras que hagan impresión en la conciencia. Temo, querida María, que con palabras indiscretas os hayan hecho concebir ideas falsas y temor exagerado del matrimonio. En este estado se puede salvar el ánima y santificarse. ¡Cuántos casados nos propone la Iglesia para que los honremos como á santos!"¹

En caso de duda aconsejaba ordinariamente á las jóvenes, que hicieran ejercicios, y siempre que acudieran á la oración; y decía que era indispensable, antes de resolverse, en sintiendo uno la vocación, estar pronto á seguir la voluntad de Dios una vez conocida. Y queriendo que la voluntad de Dios fuese amada sobre todas las cosas, respetaba también la inclinación de las almas á abrazar otra orden religiosa. En un caso semejante escribió estas palabras á una de sus hijas que parecía carecer de esta santa indiferencia: "Rogad por vuestra hermana, pero no os afanéis demasiado por ella. Si Dios la llama á la orden de la Visitación, debe seguir el impulso de la gracia. . . . Tranquilizaos pues."² De un modo semejante se hubo respecto de otra de sus hermanas, cuya sobrina quería ser carmelita: "Pido á Jesús", le decía, "que vuestra sobrina sirva á Dios fielmente allí donde ha sido llamada."³ Otro hermoso ejemplo de magnanimidad dió en un caso semejante en favor de una de las religiosas de su orden que, habiendo entrado

¹ 21 de junio de 1852.

² Á la Madre de Clausel, 3 de febrero de 1824.

³ Á la Madre María de Tinsseau, 2 de octubre de 1864.

en una casa de Italia, declaró después que sentía no haber podido ser carmelita por habérselo impedido su pobreza. Al punto escribió la Madre Barat á la priora del convento en que aquella hermana deseaba entrar, ofreciéndose á dotarla, y tuvo la alegría de que viera cumplido su deseo.—Una vez fué á París cierta joven que había sido educanda en una de las casas de la orden, para consultar á la Madre Barat si debía entrar en el Sagrado Corazón ó en las Hijas de la caridad. La Madre Barat le respondió resueltamente diciendo: “Estoy interiormente convencida de que Dios os llama á las Hijas de la caridad.” La joven siguió el consejo de la Madre, cuyo acierto demostró el buen suceso.

Aunque la Madre Barat y sus hijas tenían por vocación trabajar directamente en provecho del prójimo más que otras órdenes religiosas, nunca olvidó la superiora general, que tan celosa era en la oración, su antigua inclinación á la vida contemplativa, ni el aprecio de ella dentro de la misma orden. “Grande error es”, escribía á la Madre Galitzín, “creer que nuestra Sociedad sólo puede admitir á las que sienten vocación á la vida activa de la orden. Si nos llega á faltar la vida contemplativa é interior, la vida exterior sólo será una sombra, un cuerpo sin alma: ¿qué podremos hacer entonces? En vez de excluir de la Sociedad á las que se sienten inclinadas á la vida contemplativa, debemos admitirlas con alegría, dedicándolas especialmente á la vida íntima de la Sociedad y á la adoración del Santísimo Sacramento.”

Claro es que la Madre Barat, siguiendo su noble naturaleza y los elevados impulsos de la gracia, fijaba su atención lo menos posible en los recursos y bienes materiales. Llamóle la atención una vez la procuradora, diciéndole que miraba muy poco á lo temporal en la admisión de las hermanas. Al oír esta observación la Madre Barat se levantó de su asiento poseída de celo, y dijo: “¿Cuándo ha sido la falta de recursos obstáculo en nuestra Sociedad?”—Cuando se presentaban algunas postulantas con verdadera vocación, pero pobres, mostrábales la Madre Barat especial amor. Á una de ellas, que no sabía como demostrar su gratitud, la interrumpió diciéndole: “Es cosa agradable recibir á otras como nosotras hemos sido recibidas. Yo misma entré en la Sociedad mediando las mismas circunstancias.” Á este desinterés con que la Madre Barat procedía, no negando á ninguna postulanta el ingreso en la Sociedad por falta de dote, atribuyó la misma Madre las bendiciones de Dios sobre la orden, convencida como estaba de que esta conducta es conforme á la voluntad de Dios. Así lo manifestó en una carta á la Madre Rozeville, superiora de Amiens, diciéndole: “Si esa joven tiene vocación, debéis admitirla aunque carezca de dote. El divino Maestro quiere que no miremos ni á la noble estirpe ni á los talentos extraordinarios. Debemos secundar las amorosas intenciones del Señor y admitir á las necesitadas con un corazón magnánimo. Bástenos convencernos de sus virtudes.”

La Madre Barat no dejó de reconocer los santos derechos de los padres y los deberes de los hijos

para con ellos, cuando estos deberes se oponían á que ingresasen en religión. Á cierta joven dijo, que su obligación era permanecer por lo pronto con su anciano padre, que más tarde ella la admitiría y le daría el santo hábito. Pero cuando los padres por egoísmo ó por no querer sacrificar sus afectos, se oponían á la vocación de sus hijas ó les hacían tomar otro estado, ella se disgustaba; y el tiempo confirmó más de una vez el temor que entonces manifestaba, á los funestos efectos que habían de seguirse de no ser acatada la voluntad de Dios. Pero mostraba viva compasión de aquellos padres que se separaban de sus hijos para ofrecerlos á Dios en el claustro.

Á la maestra de novicias le exigía gran solicitud en la oración y la meditación; pues sin esto sería incapaz de cumplir eficazmente su oficio. Tocante á las postulantas y novicias quería que se esforzaran á combatir generosamente los propios defectos y adquirir sólidas virtudes. Por el contrario, moderaba los ímpetus demasiado vivos á la devoción, y detenía á sus hijas en los caminos extraordinarios de la vida espiritual. Así se hubo, por ejemplo, con una joven campesina del Mediodía de Francia, que casi desde sus cinco ó seis años había vivido vida inocente y pasado por muchas pruebas interiores, y hasta había tenido trato y comunicación extraordinaria con el Salvador; la cual en 1844 pidió ser admitida como hermana lega en el Sagrado Corazón. Esta joven es ahora muy conocida por el nombre de María Lataste. Fué admitida, pues dió pruebas de

estar “animada de muy buena voluntad”; pero la Madre Barat advirtió á la maestra de novicias, “que la condujera por los caminos ordinarios de la obediencia y de la propia abnegación”. María Lataste siguió humildemente esta nueva dirección, en la cual halló, como ella misma refiere, “profunda paz interior”. Tres años después, el 10 de mayo de 1847, tuvo una muerte apacible y llena de alegría.

Como la Madre Barat quería que fuese la maestra de novicias para con ellas, así era ella á su vez respecto de las mismas; por efecto de su mucha bondad las compadecía en las contradicciones, penas y tentaciones que según la Escritura Sagrada se ofrecen “á todo el que quiere consagrarse al servicio de Dios” (Ecli. II, 1). Esta tierna é insinuante compasión iba unida con el amor generoso de la cruz, amor que quiere á toda costa ir en pos del Salvador. “Sea vuestro modelo”, escribía, “Jesús humillado, anonadado, crucificado.” Á cierta joven que acababa de entrar, parecióle en extremo dura la nueva vida, y se quiso salir. Con este fin se llegó á la Madre Barat, pero ésta la abrazó y le dijo: “¡Qué sería de nosotros, hija mía, si el Salvador hubiera rehusado llevar su cruz!” Estas breves palabras dieron ánimo y fortaleza á aquella joven para seguir su vocación.

Muy contenta se hallaba la Madre Barat entre sus novicias, y su conducta para con ellas se muestra en aquellas palabras que el príncipe de los apóstoles San Pedro pone en el corazón de los obispos y sacerdotes: “Apacentad la grey que os ha sido confiada, no con violencia sino según la voluntad de Dios...

con amor, no como aquellos que dominan sobre la heredad del Señor, sino como los que de corazón han llegado á ser modelo del rebaño" (1 Petr. V, 2. 3). Durante la recreación se sentaba en un banco del jardín, y en torno suyo se sentaban las novicias, con las cuales conversaba tan alegre y jovialmente, que todas las hermanas se alegraban y preferían á cualquiera otra recreación el estarse allí con ella. No le agradaban los rostros tristes, ni los caracteres reservados. "La primera regla de la casa es que nadie se fastidie", decía frecuentemente, y acudía al ejemplo de Santa Teresa. Cierta día, visitando ésta uno de sus monasterios, advirtió que las hermanas, movidas de celo por el recogimiento y la mortificación, no se permitían chanzas inocentes ni dichos ingeniosos. La santa enteramente sorprendida dijo: "¿Qué sería, óh Dios mío, de nuestros monasterios si tales principios se difundieran en ellos? Pronto se agotaría en nuestros corazones aquella amable y alegre gracia que es del mismo Jesucristo. Harto trabajo es que seamos simples por naturaleza, para querer además serlo por gracia."

Á veces la Madre Barat hablaba á las novicias explicándoles las reglas y estatutos de la orden, los medios de alcanzar la perfección cristiana y evangélica, y el modo y forma de hacer oración mental. Sobre estos puntos citaba las palabras de la Sagrada Escritura, especialmente las epístolas de San Pablo. También usaba de parábolas y semejanzas, tomadas de la vida ordinaria. Su lenguaje era sencillo y vigoroso, y á veces llegaba á ser en estas exhortaciones

vehemente y arrebatado, pues ni en sí misma ni en sus hermanas podía consentir, como escribe la Madre Duchesne, "flaqueza ni sensibilidad mujeriles", por lo cual las obligaba cada vez más á vigilar sobre la propia conducta tocante á la abnegación de sí mismas, á la mortificación, á la humildad, para conseguir por último que la propia voluntad estuviera del todo sometida á la voluntad divina, y que Dios reinara verdaderamente en el alma.

Sólo cuando este bien se consigue, deben de consagrarse las religiosas al servicio del prójimo, y pueden ganarle para Dios, porque sólo entonces buscan única y exclusivamente el honor de Dios.

Recomendaba á las maestras de novicias, que ejercitaran á las hermanas jóvenes en los trabajos más humildes de la casa, y sobre todo, que les quebraran la propia voluntad. Las novicias debían querer para sí los vestidos deteriorados, imponerse privaciones y abrazar de buena voluntad las cruces, grandes ó pequeñas, que el Señor se dignara enviarles. Una vez, la víspera de Pentecostés del año 1827, en una plática que dirigió á las novicias, hablando de las almas entera y verdaderamente sometidas al Señor, dijo: "Estas almas corren hacia adelante, vuelan: la cruz ya no es cruz para ellas sino báculo en que se apoyan en todo el curso de su vida. . . . Las espinas ya no son tales espinas, sino corona que, como en otro tiempo Santa Catalina de Sena, así la reciben ahora dichas almas de las manos de su Señor; corona que ellas mismas oprimen contra sus sienes para gozarse en el dolor que les causa. . . . ¡O amadas her-

manas! Si tan bello es el espectáculo que ofrece una sola alma que recibe plenamente el influjo de la gracia de Cristo, ¿cuál no será la hermosura del que ofrece toda una comunidad, toda una orden religiosa que obedece con entera fidelidad á este divino impulso?"

En otro lugar hemos hecho mención de la Madre Desmarquest, la cual tuvo á su cargo por espacio de treinta años la formación de las novicias, y de la Madre Goetz, que le sucedió en este cargo en Conflans (1847). Ya conocemos cuán elevado concepto tenía de esta hermana la Madre Barat. Una religiosa de la orden, de quien había sido maestra en el noviciado la Madre Goetz, escribe de esta Madre las siguientes palabras: "Vivía de la oración de suerte que Dios se dejaba sentir en ella. . . . En torno suyo hacía surgir las virtudes y la dicha y la alegría. . . . su dirección llevaba impreso el sello de la prudencia, de la fortaleza y de la grandeza de ánimo. . . . En el noviciado de Conflans gozaban las novicias de aquel 'reposo en el orden', en que San Agustín cifra la paz celestial."

Gran paso fué en la ejecución del plan de la Madre Barat y en orden al porvenir de la Sociedad del Sagrado Corazón haber nombrado la superiora general á la Madre Goetz superiora del gran noviciado de Conflans. La misma Madre Barat ayudaba en esta obra cuando permanecía en Conflans, y, cuando estaba ausente, por medio de cartas. Eso mismo dijo á las novicias cuando les mostró á la Madre Goetz como á su futura maestra: "La Madre

Goetz me dará cuenta de cada una de vosotras, y siempre que yo venga á Conflans, os veré y os hablaré." Á la Madre Goetz le escribía desde Roma estas palabras: "Contemos ante todo con su auxilio (el del divino Corazón). Cuanto menos ponemos nosotras de nuestro caudal, tanto más ayuda nuestro Señor, de suerte que á pesar de las numerosas faltas que cada cual comete, todas se adelantan en la virtud, pues allí obra Dios donde se trata del progreso del alma. Los cuerpos están en la mano del hombre; pero las almas se las ha reservado para sí nuestro Criador y Redentor, el cual quiere en verdad servirse de nosotras para la salvación del prójimo, pero siempre como de instrumentos: Dios solo es quien mueve los corazones; dejémosle pues obrar en ellos."

Jamás dejó de contar la Madre Barat en el noviciado con el auxilio y dirección de sacerdotes prudentes. Citaremos aquí al Padre Varín, al célebre predicador el Padre de Ravignán y al Padre Barelle, en quien reconocimos allá en Lyon al entusiasta adorador del divino Corazón.— El Padre Varín se presentó en el noviciado mostrando un afecto y solicitud verdaderamente paternas. "¡Qué bueno es Dios!" Así empezaba sus pláticas en forma de sencilla conversación, dirigiéndose á las novicias agrupadas en torno suyo. Su ardiente celo estaba mezclado de dulzura y bondad, como sucede en los ancianos que como él se hallan enteramente poseídos del amor de Dios. Hablando formalmente unas veces, y otras en broma, sus palabras, llenas de infantil candor, versaban siempre sobre el amor de Dios que

es nuestro padre y nuestro sumo bien, el bien más propiamente nuestro. "Una vez tuve el placer", decía en cierta ocasión á las novicias, "de contar de cuántas maneras es mío Jesucristo, y luego entendí que no hay cosa ninguna á la cual pueda llamar yo mía tan absolutamente como á nuestro divino Salvador."

Su sentencia favorita era: "¡Valor y confianza!" Servía á Dios con entusiasmo y alegría. "¡Necio de aquél", decía, "que durante la tempestad no cree que el cielo se tornará sereno!" Más necio es todavía el que en medio de la aflicción no se pone en manos de aquel que la envía.—También hablaba á "sus hijas" con frecuencia de la Madre de Dios. "Conocí á un anciano", les dijo una vez, "que todas las tardes reunía á sus hijos y nietos, y les hablaba de su madre, que hacía largo tiempo estaba en el cielo. Yo también soy un padre y vengo á mis hijas para hablarles de su madre. ¡Y de qué madre!"—Ya hemos referido cómo este anciano de ochenta años, quebrantado en la salud, visitó durante todo el tiempo que pudo, hasta en el mes de enero de 1850, el noviciado de Conflans. Postrado ya en el lecho de muerte, en abril de aquel mismo año, todavía se acordaba con invariable afecto de la orden del Sagrado Corazón. Cuando le administraron la Extremaunción, lloró de alegría. Sus restos mortales, sepultados primero en el cementerio de Mont Parnasse, fueron exhumados en noviembre de 1877 y trasladados á la bóveda de la orden del Sagrado Corazón en Conflans.

El Padre de Ravignán había dedicado ya una serie de pláticas familiares el año de 1839 á las religiosas

de París, empleando aquel lenguaje sencillo y ferviente de que sabía usar hablando con ellas, muy diferente del que empleaba en la antigua iglesia de Nuestra Señora, dirigiéndose á un auditorio apiñado, ansioso de oírle, pero desgraciadamente incrédulo en su mayoría y alejado de Dios, para probar la grandeza, la santidad y aún la existencia del mismo Dios. Así como las pláticas del Padre Varín trataban siempre de la alegría del alma en Dios y de la confianza en Dios, así las del Padre de Ravignán estaban penetradas del amor á la cruz y á la vida oculta de unión con Cristo. Quería que las hermanas se olvidasen de sí mismas y se acordasen de la salud de los pecadores. "¡O amadas hermanas!" les decía, "aquí, lejos del tumulto del mundo, apenas sospecháis lo que sucede fuera en medio de ese caos de fango y de tinieblas. En verdad, no podéis luchar con las almas como nosotros los sacerdotes, pero sí podéis padecer por ellas." El año de 1852 le hallamos de nuevo en el noviciado de Conflans. Habiendo padecido una grave enfermedad á fines de octubre, las hermanas hicieron por su salud una novena al Sagrado Corazón, y el día 1.º de noviembre se vió repentinamente sano. El mismo día visitó á la Madre Goetz y le prometió cooperar fielmente con ella "en el espíritu y para el honor del Sagrado Corazón". En cierta ocasión le escribía estas palabras: "En el fin de mi vida, la cual han tornado inútil mis pecados, Dios me ha otorgado un consuelo que no me merezco, el de comunicar con el amado convento de Conflans y con su superiora." Sus pláticas eran siempre elevadas

y tranquilas aun en medio de su entusiasmo. Qué impresión causarían estas pláticas, que procedían de lo íntimo de su corazón, podremos colegirlo de las siguientes palabras, tan sencillas como conmovedoras, que pronunció pocos días antes de su muerte, cuando consumido por la fiebre y el insomnio, respondió á uno de sus hermanos, que le había preguntado cómo había pasado la noche: "El tiempo no se me hace largo. Hago oración y pienso que el Salvador es infinitamente bueno, y que es infinitamente dichoso, y con estos pensamientos siento aliviárseme la pena que me causa el pensar que yo soy malo y desdichado en la tierra!" Murió el día 26 de febrero de 1858.

El interés y celo del Padre Barelle en promover el progreso espiritual del noviciado y de las hermanas en general eran tan ardientes, que este Padre se daba á sí mismo el nombre de "apóstol de la orden del Sagrado Corazón". Siguiendo los deseos de la Madre Barat dirigió muchas veces los ejercicios anuales en Conflans, y visitó con frecuencia las otras casas de la orden, especialmente las del Mediodía de Francia. Su incesante solicitud por ellas de tal modo la apreció la Madre Barat, que sin él saberlo pidió al general de la Compañía de Jesús permiso escrito para llamarle en todas las casas de la orden donde quiera que se hallara. Este permiso fué concedido.

El Padre Barelle representaba á las hermanas en el lenguaje y la intención de sus pláticas al tan humilde como ferviente Padre Varín. El espíritu de la dirección interior de este religioso, se echa de ver en las siguientes palabras que en cierta ocasión pro-

nunció: "Jesús, nuestro Padre celestial, quiere que sus hijos se formen según el modelo de su santísimo corazón. El corazón es como el metal: sólo se funde en la fragua del sufrimiento y del sacrificio, sólo con el amoroso fuego que todo lo consume. ¡Cuán hermosa y magnífica se parece esta segunda creación, cuando está en ella misma la forma divina del corazón de Cristo!"



CAPÍTULO DÉCIMO TERCERO.

EL TRÁNSITO.

PENSANDO en la poca salud y en los achaques que casi constantemente padeció la venerable sierva de Dios, aun prescindiendo de las repetidas enfermedades que pusieron en peligro su vida, no pueden menos de causar admiración las arduas y continuadas obras que llevó á cabo como fundadora y superiora general por espacio de muchos años de una orden tan vasta como es la del Sagrado Corazón. Además del valor y extraordinaria actividad de la Madre Barat contribuyó á este resultado la protección especial de Dios, que la adornó de fortaleza celestial. Debe además considerarse como efecto de la bondadosa providencia de Dios, que la Madre Barat, á pesar de su flaqueza corporal, de tantos cuidados como pesaban sobre ella, y de tantas mortificaciones, trabajos, viajes y enfermedades, alcanzase una edad á la cual son pocas las personas que llegan aún en medio de comodidades y regalos, pues aunque el